

**ERICH FROMM SOBRE LA DESTRUCTIVIDAD,
LA PRODUCTIVIDAD Y EL AMOR**

LEANDRO SÁNCHEZ MARÍN
(UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA)

Resumen

Este trabajo pretende exponer la concepción de la formación del carácter en Erich Fromm. Para ello apelará a la reconstrucción de algunos textos de este autor y, principalmente, a las teorías de la destructividad y productividad humanas que se encuentran en el corpus frommeano. En relación con el devenir de estas dos tendencias, el amor funge como un aliciente en cuanto a la configuración de la formación del carácter productivo. Este es, de manera muy general, el propósito de las líneas que siguen.

Palabras clave: Productividad, destructividad, amor, libertad, individuo, sociedad

Abstract

This paper aims to clarify the concept of building character in Erich Fromm. For it will appeal to the reconstruction of some texts of this author and mainly to the theories of human destructiveness and productivity that are in the Fromm works. Regarding the development of these two trends, love serves as an incentive in terms of the configuration of the formation of productive character. This is, in very general terms, the purpose of the lines that follow.

Keywords: Productivity, destructiveness, love, freedom, individual, society

Introducción

En el presente texto se expondrá de manera detallada, en un primer momento, la relación entre los valores de la sociedad industrial y el carácter destructivo, para mostrar como esta relación constituye lo que Erich Fromm denomina tendencia necrófila (amor a la muerte) y luego, expondrá la relación entre los valores del amor genuino y el carácter productivo para establecer que la tendencia biofila (amor a la vida) se configura a partir de estos dos aspectos. De esta manera, trataré de mostrar porqué la formación del carácter determina el tipo de sociedad en que viven los hombres de acuerdo con diversos factores que aparecerán a lo largo de la exposición.

En su libro *El corazón del hombre*, Erich Fromm se encarga de exponer una orientación a partir de la cual se puede establecer el carácter del ser humano: la necrofilia. Esta orientación constituye lo que Fromm llama síndrome de decadencia, el cual “representa la quintaesencia del mal; es al mismo tiempo el estado patológico más grave y raíz de la destructividad e inhumanidad más depravadas”¹. Este síndrome de decadencia está ligado fuertemente a los valores de la sociedad industrial, a saber, el dominio, la explotación, la ganancia y la competencia. Estos cuatro principios de la sociedad industrial configuran la personalidad del ser humano dentro de la sociedad contemporánea y determinan su conducta de manera tal que todas las relaciones consigo mismo y con los demás están permeadas por ellos. Para Fromm, este problema merece una seria reflexión que es llevada a cabo de manera amplia, al menos, en dos de sus libros: *El miedo a la libertad* y *El arte de amar*. En las líneas que siguen nos encargaremos del segundo de ellos.

El arte de amar es un texto que está dividido en dos secciones; la teoría del amor y la práctica del amor. Esta división corresponde, respectivamente, al

¹ Fromm, Erich. *El corazón del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 36.

diagnóstico crítico de la sociedad industrial y a la sugerencia de una posible salida del estado de decadencia que ésta supone. En estos mismos dos ejes se moverá el presente trabajo con el propósito de explicar la configuración del carácter destructivo del hombre en la sociedad industrial y la configuración de su contrapuesto; el carácter productivo, que se presenta como la posible superación del estado de enajenación en el cual vive el ser humano.

I. La crítica de la sociedad industrial contemporánea

Para Fromm, la sociedad industrial contemporánea impide el desarrollo de las potencialidades del ser humano. Esto quiere decir que niega que el ser humano pueda ser lo que puede llegar a ser de acuerdo a sus capacidades, es decir, el hombre se encuentra sometido a las dinámicas de la sociedad de consumo y, por ello, no puede realizar su vida de acuerdo al desarrollo pleno de sus facultades. Hasta aquí, este es un diagnóstico limitado del estado patológico de —decadencia— de la sociedad industrial. Profundizando en el tema vemos que Fromm, partiendo de un estado de separatividad² propio del hombre, establece la necesidad de unión que este estado genera al sumir al hombre en la angustia de no poder encontrar cómo superar su soledad. El desarrollo de la sociedad industrial ofrece al hombre varias alternativas para satisfacer esta necesidad de unión. Entre estas posibilidades Fromm se encarga de describir tres; los estados orgiásticos, la unión en conformidad con el grupo y la actividad creadora. Pasaremos entonces a exponer las tres formas de unidad que ofrece la sociedad industrial, y que se revelan como falsas en el análisis de Fromm:

² Para Fromm este estado de separatividad surge después de la expulsión de Adán y Eva del paraíso. Luego de que estos se vieron separados de su primitivo estado de unión con la naturaleza sintieron culpa y vergüenza al encontrarse desnudos y, por ello, desde entonces la existencia humana trata de encontrar una respuesta ante este estado. La cultura occidental carga con el pecado de ellos y se encuentra en una angustiada búsqueda de la unión que le permita volver a un estado de tranquilidad.

a) *Los estados orgiásticos*. En este punto encontramos dos estados que Fromm denomina orgiásticos: el refugio en las drogas y el alcohol y la experiencia sexual. En primer lugar, es propio del hombre contemporáneo tratar de buscar la respuesta a su problema existencial refugiándose en las drogas y el alcohol³, le resulta cómodo encontrar en esta forma de vida una respuesta satisfactoria, pues no le exige mucho y de manera fácil le muestra una salida al problema. Pero en el fondo esta manera de encontrar la salida del estado de separatividad es falsa, porque lejos de sacar al hombre de su estado de crisis, lo acentúa en él, pues el individuo sólo logrará satisfacciones inmediatas y efímeras que lo arrojarán con más fuerza a la soledad, ya que una vez satisfecho su deseo tendrá que volver a satisfacerlo de manera parcial una y otra vez, en otras palabras, la supuesta salida de una condena a la soledad se convierte en una condena a la dependencia dañina a un tipo de vida que no le ofrece más que el engaño de creer que se está encontrando solución a sus problemas. El segundo ejemplo de estado orgiástico es la mera relación sexual, que al igual que el primero es efímero y arroja una falsa unidad, “puesto que el acto sexual sin amor nunca elimina el abismo que existe entre dos seres humanos, excepto en forma momentánea”⁴. Es decir, la satisfacción del deseo sexual en tanto que está mediada por el deseo de superar el estado de soledad del hombre no advierte que su ejercicio deviene en una mera manifestación del instinto animal que busca solamente satisfacción más allá del vínculo que pueda generar con el otro.

En las culturas orgiásticas este tipo de prácticas no suponen un problema para quien participa en ellas, pues en estas culturas se impone la comunidad como principio y por ello, los rituales orgiásticos no son censurados y, por el contrario, son aprobados y promovidos por los demás miembros de la comunidad. De esta manera, en estas culturas no existe el sentimiento de vergüenza y de culpa, pues las prácticas orgiásticas hacen parte del desarrollo del individuo en un plano de

3 Cfr. Fromm, Erich. *El arte de amar*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1985, p. 21.

4 *Ibid.*, p. 22.

convivencia y conexión con el otro. A diferencia de esto, en nuestra cultura occidental el hombre se sume cada vez más en la vergüenza y la angustia, es decir, se ve encarcelado con más fuerza en el estado de separatividad.

Las tres características por las cuales se pueden definir los estados orgiásticos son; la intensidad, la intervención total de mente y cuerpo y la periodicidad y transitoriedad de estas. Estas tres características se manifiestan de manera que: 1) afectan al individuo en la medida que hacen de él un ser dependiente —en mente y cuerpo—, pues necesita de la satisfacción de su deseo para afirmar su individualidad, 2) esto lleva a que la afirmación de la individualidad, por lo efímero de la satisfacción, se tenga que cumplir una y otra vez en una cadena que se mueve entre niveles de angustia, es decir, entre la obstrucción parcial y el surgimiento fortificado de la misma y 3) imprimen cierto carácter violento que impide que la unión con el otro sea genuina, pues lo violento de estas manifestaciones necesariamente crea una relación ya no de dependencia sino de dominio sobre el objeto que se quiere poseer.

b) Unión en conformidad con el grupo. Para los miembros de antiguas comunidades era motivo de orgullo y satisfacción la pertenencia al grupo. En los grupos que se conformaban en culturas antiguas como el Imperio Romano o la Grecia de Platón, la república y la polis eran organismos en los cuales los ciudadanos desarrollaban su vida de manera satisfactoria y aceptaban que su lugar en el grupo era de vital importancia para el desarrollo de toda la comunidad. Pero en la sociedad contemporánea esta segunda manera de solucionar la paradoja de la existencia humana también es falsa, puesto que, si bien logra establecer una relación con los demás, no conserva la afirmación de la individualidad del ser humano. Allí donde la adherencia a las costumbres y prácticas del grupo es la condición para la unidad con él, no hay posibilidad de individualidad, pues la aceptación de estas costumbres y prácticas supone una conformidad que está en función de no perturbar el desarrollo normal del grupo.

En el momento en que el individuo hace uso de su capacidad de ejercer la crítica es nuevamente dejado de lado, precisamente por resistirse a la uniformidad que exige la comunidad que lo *acoge*. En resumida cuenta, donde el individuo no piensa, siente y actúa como lo hace el rebaño, su actitud no es bien aceptada pues no encaja con el estándar social que se impone de manera caprichosa por la mayoría ya domada. Peligros de esta tendencia se ven reflejados en la oportunidad para el imperio de las dictaduras democráticas y el totalitarismo. Ni siquiera el rebelde escapa a la conformidad con el grupo en la sociedad industrial, pues en él aparece un miedo a la no conformidad que es empujado desde el peligro a las derivaciones prácticas que se puedan generar a partir de su desobediencia, es decir, éste se adhiere al grupo porque no quiere ser rechazado o separado del pensamiento y acción *normales* dentro de la sociedad a la cual pertenece.⁵

La tendencia a la eliminación de las diferencias en la sociedad industrial está ligada, nos dice Fromm, con el concepto de igualdad. La igualdad significó en el aspecto religioso que todos somos hijos de un mismo padre y que en esa medida nos debemos respeto por ser a la vez diferentes el uno del otro. En el periodo de la Ilustración, la igualdad significaba la posibilidad del desarrollo de la individualidad de los hombres, según Kant, todos los hombres son fines en sí mismos y en esta medida no pueden ser tratados meramente como medios. En la misma línea, el concepto de igualdad para los pensadores socialistas del siglo XIX sugería que ningún hombre debe ser explotado por otro hombre sin importar las condiciones en que se dé el aprovechamiento de unos en detrimento de otros.

Contrario a esta línea que mantiene el valor de la igualdad de acuerdo con el respeto por el otro en tanto que también es un hombre como yo —lo que implica

5 El macarthismo es un buen ejemplo en este punto, pues ante una latente acusación que sugería que cualquier persona, que no estuviese en concordia con el régimen democrático de los Estados Unidos en los años cincuenta, era una persona *extraña*, el peso de la opinión pública rechazaba y acusaba a cualquiera de los ciudadanos de este país al considerarlo un rebelde comunista. De ahí, que para la población norteamericana de aquella época el miedo a ser acusado de esta manera los alertaba sobre su conducta y los inducía a evitar manifestaciones que fuesen en contravía de la conformidad con el grupo.

además el respeto a su diferencia—, en la sociedad industrial se da un vuelco que establece que la igualdad es el acceso a los mismos derechos que tienen los demás, es decir, la posibilidad de hacer todo lo que los otros pueden hacer, a disfrutar, pensar y actuar como lo hacen todos los demás. Este ejercicio de igualdad de derechos no se crítica sin más, pues lo que Fromm reprocha a esta experiencia de igualdad es que lejos de fomentar la individualidad, la suprime en la medida en que hace de los individuos seres idénticos que no se dan cuenta que el ejercicio de la igualdad está montado sobre los rieles en los cuales todos caminan rumbo a la supresión de cualquier manifestación de verdadera originalidad ligada a la autoconciencia. La función que cumple la igualdad en la sociedad industrial es la de estandarizar a los hombres, así como estandariza la producción de mercancías para que todo el sistema de producción —no sólo de cosas, sino también de los hombres que han de producir esas cosas— funcione sin altercados.

La conformidad es un aspecto constitutivo de la sociedad industrial. Ella enmarca las relaciones de los hombres en la sociedad industrial bajo el aspecto de la rutinización y predeterminación de las acciones y las emociones: “Aun los sentimientos están prescritos: alegría, tolerancia, responsabilidad, ambición y habilidad para llevarse bien con todo el mundo sin inconvenientes”⁶. La prefabricación de las actividades del hombre en la sociedad industrial se extiende entonces hasta el punto de abarcar todas las posibilidades en las que el individuo pueda manifestar su humanidad, es decir, la sociedad industrial le ofrece todo un abanico de propuestas mediante las cuales le dice que hacer y cómo lograrlo.

c) *Actividad creadora*. La última de las tres formas que analiza Fromm se presenta como la posibilidad de la unidad del hombre con la actividad y el producto de su trabajo, pues a la actividad laboral le es propia la capacidad de crear el mundo de acuerdo a los productos que se generan con la inversión de energía humana. Esta forma del trabajo Fromm la llama actividad productiva, en ella el trabajo constituye

⁶ Fromm, Erich. *El arte de amar*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1985, p. 26.

la posibilidad de la realización de las potencialidades del ser humano en el acto mismo de crear, es decir en la actividad que crea mundo y crea al hombre al mismo tiempo, de ahí que una forma genuina de trabajo esté en función de la humanidad. Hasta aquí parece que el trabajo es una forma correcta de superación del estado de separatividad, pero lo que muestra Fromm es que para el trabajador de las sociedades modernas esta posibilidad de actividad creadora está mutilada por la emergencia del principio de intercambio mercantil. Dentro de las sociedades capitalistas el trabajo se presenta en su forma inhumana de trabajo enajenado como bien lo ha señalado Marx, de ahí que esta forma de superación del problema también sea deficitaria y no ayude al hombre a salir de su estado de angustia ante la separación. Dentro de las sociedades modernas, el hombre “se convierte en un apéndice de la máquina o de la organización burocrática. Ha dejado de ser él, y por eso mismo no se produce ninguna unión aparte de la que se logra por medio de la conformidad”⁷.

En la crítica de Fromm a la sociedad industrial que también sirve de diagnóstico de esta, se identifica la enajenación del ser humano. En todas las formas mediante las cuales él busca dar solución a la paradoja de su existencia, se manifiestan procesos que toman fuerza y se superponen a él. Ya no le es posible controlar sus creaciones, todas las maneras que se inventa para salir de la separatividad le dañan y lejos de ayudar a tranquilizarlo lo sumergen en estados de angustia discontinua, es decir, con apariciones intermitentes pero permanentes de angustia. El diagnóstico, pues, es negativo porque la existencia del ser humano en la sociedad industrial se desarrolla de manera nociva y no sirve al desarrollo pleno de las capacidades del hombre.

⁷ *Ibid.*, p. 27.

I.a. Enajenación del hombre

Para Fromm la enajenación es “esencialmente, experimentar al mundo y a uno mismo pasiva, receptivamente, como sujeto separado del objeto”⁸. Esta definición del concepto de enajenación supone que el ser humano puede experimentar el mundo de manera activa y sin estar escindido del objeto, a esto nos referiremos más adelante. El concepto de enajenación, según Fromm, encuentra su primera manifestación en la noción de idolatría del Antiguo Testamento, esta noción sugiere que el hombre crea ídolos a los cuales adora, y al hacerlo él mismo se convierte en cosa. Deposita todo lo que es en las cosas —los ídolos— y así transfiere todas sus características humanas a ellas, es decir, hace de su creación la razón de su existencia olvidando que su existencia es él mismo. La referencia más clara para hablar de enajenación la sociedad industrial la encontramos en Marx —el mismo lugar donde la encuentra Fromm—, para él “La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valoración del mundo de las cosas”⁹. Este fenómeno es el que constituye propiamente el trabajo enajenado, el cual se manifiesta en la pérdida del producto del trabajo, la pérdida de la actividad misma del trabajo y la pérdida de las relaciones propiamente humanas con los otros y con la naturaleza.

La enajenación del hombre en la sociedad industrial se da en su actividad creadora propiamente, de ahí que para Fromm el estado pasivo del hombre se refiera a la imposibilidad de poseer el producto de su trabajo, dominar el ejercicio mismo del trabajo y crear para relacionarse a través de su actividad con la comunidad. En otras palabras, el trabajo, entendido ampliamente como actividad creadora, no permitiría la escisión entre sujeto y objeto que la sociedad industrial promueve en función de la acumulación de capital y el lucro particular, sino que crea un vínculo entre el hombre y su actividad que le permite relacionarse de manera humana con los demás y con toda manifestación de su energía vital, es

8 Fromm, Erich. *Marx y su concepto del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 55.

9 Marx, Karl. *Manuscritos de economía y filosofía*. Barcelona: Ediciones Altaya 1993, p. 109.

decir, no daña, no corrompe, no contamina, por el contrario, cuida, respeta y reconoce todo lo que conforma su mundo como un factor determinante a la hora de desarrollar su proyecto de vida. Así pues, sabe que sus semejantes, los animales y la naturaleza en general, hacen parte de todo aquello sin lo cual no puede ser un individuo, es decir todo aquello sin lo cual no podría tener una vida bien lograda sobre la Tierra.

La enajenación del ser humano no puede darse sin un proceso de consolidación de los rasgos constitutivos del carácter destructivo que se impone en la sociedad industrial. Estos rasgos son: el dominio, la explotación, la ganancia y la competencia. Estos principios de la sociedad industrial “están en conflicto con el bienestar del hombre”¹⁰. Y en tanto que están en conflicto con el bienestar del hombre, están al servicio de la esclavitud y la miseria de este.

I.b. Carácter destructivo

El carácter destructivo se compone de cuatro orientaciones improductivas del carácter: la orientación receptiva, la orientación explotadora, la orientación acumulativa y la orientación mercantil. Estas cuatro orientaciones definen el síndrome de decadencia de la sociedad industrial, en la cual predomina el carácter destructivo o necrófilo de los seres humanos.

a) *La orientación receptiva.* Este tipo de orientación se caracteriza por pensar que todo lo bueno que puede referirse al hombre se encuentra en el exterior, que en los asuntos humanos conseguir lo bueno consiste en esperar que se dé y no en hacer el esfuerzo de conseguirlo; en la espera y no en la búsqueda, en la quietud y no en la actividad. Los individuos receptivos no pueden hacer de su pensamiento un factor para crear, pues siempre esperan que otro cree por ellos y asienten ante lo que los demás hacen por ellos, en esta medida, para Fromm, “puesto que no pueden decir ‘no’, les place decir ‘sí’ a todo y a todo el mundo, y la parálisis de sus

¹⁰ Fromm, Erich. *El amor a la vida*. Bogotá: Editorial Printer Colombiana, 1988, p. 232.

facultades críticas resultante aumenta constantemente su grado de dependencia de otros”¹¹. Ante esta parálisis, la capacidad de estos individuos para tomar decisiones y hacerse responsables de sus actos es nula, pues para ello siempre esperan a que los demás elijan por todos. Esta orientación es el punto de partida para la configuración del carácter destructivo y el síndrome de decadencia en la sociedad industrial como veremos más adelante.

b) La orientación explotadora. Este tipo de orientación conserva el axioma que sugiere que todo lo que es fuente de lo bueno procede del exterior. Pero a diferencia de la orientación receptiva, no se refiere a individuos pasivos que esperan a que todo pase sin intervenir activamente en los procesos de la vida, sino que los impulsa a conseguir las no cosas esperando a que los otros se las den, sino que apela a la violencia o el engaño para conseguirlas. Los individuos en los cuales predomina este tipo de orientación suelen considerar con desgano todo lo que es propio y estimar en exceso todo lo ajeno, de ahí que necesiten de lo que es de otro para hacerlo propio, el plagio, el robo y la usurpación hacen parte de las manifestaciones de la orientación explotadora.

Para los individuos explotadores la creación propia —ya sea material o intelectual— está bloqueada en la medida en que consideran que todo lo que puede llegar a ser suyo debe provenir del exterior, de la inteligencia del otro, de los bienes del otro, de lo que pueda extraer de la naturaleza y creer propio, etc. Estos individuos “utilizan o explotan cualquier cosa o persona de las que pueden sacar algún provecho”¹². En la medida en que alguna cosa o persona no represente ninguna fuente de aprovechamiento la desprecian y anulan como si no existiese, por el contrario, ante lo que se presenta como fuente de provecho —como susceptible de explotación— tienen una actitud complaciente y gentil. Por ello la orientación explotadora no puede ser sino un aliciente para el engaño y la

11 Fromm, Erich. *Ética y psicoanálisis*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica 1997, p. 76.

12 *Ibid.*, 1997, p. 78.

deformación en las relaciones del hombre consigo mismo, con los demás y con la naturaleza.

c) *La orientación acumulativa.* La seguridad de los individuos acumuladores pasa por la necesidad de la austeridad y la acumulación, esto en la medida en que cada forma de gasto representa una amenaza a su tranquilidad. El encierro que supone la orientación acumulativa interviene de manera negativa en la relación de los individuos acumuladores con su entorno, pues la preocupación de éstos pasa esencialmente por permitir la introducción de todo lo que viene de afuera, pero en evitar que algo del interior salga de su morada individualista.

Los pensamientos y las cosas materiales son escondidos por estos individuos, toda vez que no están dispuestos a compartir nada de lo que poseen, en esta medida no existe un aspecto productivo en ellos, ya que sólo piensan en poseer para guardar en lo más profundo de su ser todo aquello que obtienen del exterior, el amor, por ejemplo, sólo es poseído, nunca brindado. El lema de esta clase de individuos reza así: “Lo mío es mío y lo tuyo es tuyo”¹³. De esta manera la orientación acumulativa crea una barrera entre el acumulador y todo lo demás, bien sea otra persona, bien sea el mundo natural, expresado en el medio ambiente, pues no le importa, respecto a esto último, si la degradación de éste amenaza su existencia, él sólo piensa hacia adentro, hacia sí mismo, de manera individualista.

d) *La orientación mercantil.* Esta orientación en principio se basa en un aspecto meramente económico. Las sociedades premodernas donde el trueque era la forma mercantil por antonomasia reunían a los individuos con el propósito de intercambiar mercancías. En la sociedad industrial, el mercado está en función no del intercambio sino del beneficio que se puede extraer de la circulación de las mercancías, ya no basta con satisfacer una necesidad mediante la consecución de un producto, sino de extraer ganancia de lo que se puede vender, y otro puede

¹³ *Ibid.*, p. 81.

pagar porque lo necesita. En otras palabras, en este tipo de orientación confluyen tanto el valor de uso como el valor de cambio, siendo este último el más determinante en la sociedad industrial.

En la orientación mercantil el principio del “cuánto vale” es inamovible y representa la manera en que las personas consideran a los demás y a las cosas con las que tienen contacto. El éxito de una persona depende —en la sociedad industrial— de cuánto pueda adquirir y cuánto pueda gastar, su personalidad depende de lo que las mercancías puedan decir de ella, en esta medida ella es también una mercancía. Adquirir según las leyes del mercado es una regla, así, hasta las personas con las cuales se relaciona son objetos que se consiguen en la sociedad mercantilizada, no se enamoran de una persona, sino que la poseen, la obtienen de acuerdo con las normas del mercado y a lo que se estime que valen según sus características de mercancía.

Desde nuestro punto de vista, estas cuatro orientaciones improductivas bloquean el carácter productivo del hombre y hacen que se imponga el carácter destructivo del mismo, configurando así lo que Fromm llama orientación necrófila. Esta orientación como su nombre lo indica se refiere al amor a la muerte. Los individuos necrófilos tienden a glorificar todo lo que no vive; “cadáveres, marchitamiento, heces, basura”¹⁴. Además, la actitud del necrófilo hacia la fuerza es un valor fundamental para él, Fromm nos acerca una definición de fuerza que extrae de Simone Weil: “la capacidad para convertir un hombre en un cadáver”¹⁵. No obstante, para Fromm el ejercicio de la fuerza no sólo está en matar, también se hace palmario en el despojo, la esclavización, la humillación y el maltrato del otro.

La necrofilia supone un estado de destrucción y violencia que tiende hacia la muerte y hacia la afirmación del poder en detrimento de la humanidad. El necrófilo por excelencia, nos dice Fromm, es Hitler. Para este último, la destrucción y la

14 Fromm, Erich. *El corazón del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 38.

15 *Ibid.*, p. 39.

muerte formaban parte de su carácter, el cual se extendía hacia todo el pueblo alemán, hacia sus seres cercanos y hacía él mismo. Para Fromm:

Mientras la vida se caracteriza por el crecimiento de una manera estructurada, funcional, el individuo necrófilo ama todo lo que no crece, todo lo que es mecánico. La persona necrófila es movida por el deseo de convertir lo orgánico en inorgánico, de mirar la vida mecánicamente, como si todas las personas vivientes fuesen cosas. Todos los procesos, sentimientos y pensamientos de vida se transforman en cosas. La memoria, y no la experiencia; tener, y no ser, es lo que cuenta. El individuo necrófilo puede relacionarse con un objeto —una flor o una persona— únicamente si lo posee; en consecuencia, una amenaza a su posesión es una amenaza a él mismo; si pierde la posesión pierde el contacto con el mundo.¹⁶

De esta manera, la necrofilia constituye el punto culmen del síndrome de decadencia de la sociedad industrial, que se configura en la articulación de las orientaciones improductivas que se caracterizan por su desprecio a la vida y a la actividad vital del ser humano en función del desprecio a la humanidad misma. Las orientaciones improductivas del carácter conforman el síndrome de decadencia en la medida en que, 1) dejan a disposición de la destructividad individuos pasivos y no críticos que aceptan el mundo tal y como se les presenta sin interés de cuestionarlo, siempre y cuando satisfaga sus necesidades más animales, 2) comprenden que la explotación de todos los recursos —humanos y naturales— debe hacerse de manera violenta y al servicio del frío individualismo de la sociedad industrial, 3) sólo piensan en el beneficio particular, en poseer y no ofrecer, en recibir y no dar y 4) en la medida en que el mundo en el que viven los individuos se convierte en un mundo de cosas, en un mundo de mercancías donde las relaciones humanas son sustituidas por las relaciones entre cosas.

II. El amor como respuesta frente al síndrome de decadencia

En *El arte de amar*, Fromm nos habla del amor genuino como única respuesta al problema de la existencia humana que se ve agobiada y dañada una y otra vez por la dinámica de la sociedad industrial. En primer lugar, para Fromm el

¹⁶ *Ibid.*, pp. 40-41.

amor no es todo aquello mediante lo cual se lo representa —o se manifiesta— en la sociedad contemporánea. Es decir, para Fromm existen formas falsas del amor —amor inmaduro— que enturbian la verdadera forma de amor —amor maduro— que surge mediante una correcta orientación del carácter. En segundo lugar, el amor genuino es aquel que está en función de liberar toda la capacidad productiva del ser humano, toda su creación vital, toda su expresión de dar.

De esta manera, para Fromm, las formas de amor inmaduro —el amor pasivo y el amor activo—, se pueden entender como manifestaciones de lo que él mismo denomina “unión simbiótica”¹⁷. La creencia de que el amor es un objeto y no una facultad, nos enfrenta ante la falsedad de la sociedad contemporánea que presenta al amor de manera romántica y pasiva, estas dos caracterizaciones del amor derivan en el fracaso de la realización del amor verdadero. Pues engañan al individuo haciéndole creer que en efecto ama y es amado, y que por ello la sociedad industrial es una sociedad amorosa, pues ofrece todas las condiciones para que el individuo pueda desarrollarse como amante y amado.

La unión simbiótica¹⁸ es referenciada por Fromm a partir de la relación entre el feto y la madre embarazada donde, a pesar de ser dos, se muestran como una unidad, pues en el proceso de gestación la dependencia entre ambos es inevitable. En este tipo de relación la madre dispone de todo lo necesario para que el feto pueda desarrollarse hasta ser un bebé, todo esto lo hace de manera desinteresada y podríamos decir que allí además de la gestación de un ser humano, también se gesta una forma de amor verdadero. Pero más allá de este aspecto positivo, para Fromm, este tipo de expresión del amor puede ser, además, una forma desviada del amor genuino, pues puede estar regida por principios de dominación y sumisión. El primero de ellos, de la mano con la perversión del sadismo, que quiere poseer y dominar al otro y afirma esta tendencia por encima incluso de la

17 Fromm, Erich. *El arte de amar*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1985, p. 28.

18 El término simbiosis (del griego: syn, “juntos”; y βίωσις, biosis, “vivir”) se aplica a la interacción biológica, a la relación estrecha y persistente entre organismos de diferentes especies.

humanidad de aquel a quien somete. El segundo principio, tiene que ver con la actitud del masoquismo que busca una forma de unión en detrimento de su individualidad y desarrollo como ser independiente.

En contraposición a la expresión simbiótica del amor, está el amor maduro. Esta manifestación del amor insiste en el carácter activo del amor, es decir, en el amor como una actividad; una actividad creadora; productiva, que genera una sociedad sana y alejada de la destrucción que se impone como principio determinante en la sociedad industrial. El despilfarro y la miseria son actividades contrarias al acto de amar. La actividad del amor es una actividad responsable, que se preocupa por un desarrollo de la humanidad acorde al despliegue de sus potencialidades para el bien. En palabras de Fromm:

“El amor” es una abstracción, quizá una diosa o un ser extraño, aunque nadie ha visto a esa diosa. En realidad sólo, existe el *acto de amar*, que es una actividad productiva. Implica cuidar, conocer, responder, afirmar, gozar de una persona, de un árbol, de una pintura, de una idea. Significa dar vida, aumentar su vitalidad. Es un proceso que se intensifica y que se desarrolla a sí mismo¹⁹.

Así pues, podemos decir, siempre con Fromm, que el amor como actividad no debe entenderse en su aspecto *activo* como suele suceder en la cotidianidad, pues debe tenerse en cuenta, además del hecho de transformación y creación de algo, sus motivos, es decir, lo que impulsa a la realización de dicha actividad, puesto que el impulso si no está guiado por el carácter formado en la productividad, tiene el riesgo de caer nuevamente en la pasividad que supone ser esclavo del ejercicio propio de la actividad en función de otra cosa; la riqueza, el prestigio, etc.

II.a. El carácter productivo

El concepto de carácter productivo se relaciona con la capacidad de dar. A diferencia del amor simbiótico, por ejemplo, —donde el dar no juega un papel

19 Fromm, Erich. *¿Tener o ser?* México: Fondo de Cultura Económica 1987, p. 57. Cursiva en el original.

decisivo, pues se ve opacado por el recibir— el carácter productivo se refiere a esta capacidad, puesto que esta acción, la de dar, es la que expresa toda la potencia y vitalidad del ser humano, toda vez que genera en sí mismo y en los demás una necesidad humana a partir de la cual se construye una sociedad de *dadores* que se relacionan de manera desinteresada. Para Fromm, “Dar produce más felicidad que recibir, no porque sea una privación, sino porque en el acto del dar está la expresión de mi vitalidad”²⁰. Luego de expresar la validez del acto de dar en la esfera sexual y material, Fromm se posiciona en la esfera propiamente humana de la actividad de dar. Esto es, el ámbito donde se dan las relaciones interpersonales de manera acertada, pues están guiadas por el carácter productivo no el destructivo. El carácter productivo se puede ver retratado en el siguiente fragmento:

(Una persona) Al dar así de su vida, enriquece a la otra persona, realza el sentimiento de vida de la otra al exaltar el suyo propio. No da con el fin de recibir; dar es de por sí una dicha exquisita. Pero al dar, no puede dejar de llevar a la vida algo en la otra persona, y eso que nace a la vida se refleja a su vez sobre ella; cuando da verdaderamente, no puede dejar de recibir lo que se le da en cambio. Dar implica hacer de la otra persona un dador, y ambas comparten la alegría de lo que han creado. Algo nace en el acto de dar, y las dos personas involucradas se sienten agradecidas a la vida que nace para ambas²¹.

Además de establecer el acto del dar como manifestación del amor genuino, el amor en su carácter productivo, comenta Fromm, implica cuatro aspectos que constituyen la formación del carácter del ser humano. Estos aspectos, guían la actividad vital del hombre en función de conducirlo por el camino que le permite superar el estado de separatividad. Estos son; cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento. Estos cuatro valores se contraponen a los cuatro principios que sirven de pilares de la sociedad industrial y que hemos mencionado líneas atrás.²² Se impone, entonces, comentar en qué consiste cada uno de ellos, y de qué manera constituyen el amor genuino enfocado en función del carácter productivo.

20 Fromm, Erich. *El arte de amar*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1985, p. 32.

21 *Ibid.*, p. 33.

22 Dominio, explotación, ganancia y competencia.

a) *Cuidado*. El cuidado implica que en el ejercicio de amar no se acepta desde ningún punto de vista el descuido. Pues si se descuida aquello que se ama el acto de amar no sería genuino. El cuidado es entonces, el aspecto que sugiere el esfuerzo y el trabajo necesarios para que algo crezca y se potencie al máximo. Cuando una madre quiere que su hijo crezca sano, debe cuidarlo y velar porque no le falten las condiciones para su óptimo desarrollo. El cuidado es preocupación por lo que se ama, es decir, es trabajo constante para que lo amado se mantenga en condiciones dignas, para que no se vea enturbiado por ningún factor extraño; el cuidado genera el fortalecimiento de lo que se ama y del amor mismo.

b) *Responsabilidad*. En términos vulgares la responsabilidad se suele entender como algo impuesto desde el exterior, así, somos responsables de vigilar una casa o de cumplir con las metas impuestas en el trabajo. Pero la responsabilidad de que aquí se trata, es voluntaria, es decir, parte del interior del individuo; no es impuesta. La responsabilidad es la disposición para con el otro, la respuesta que él debe encontrar en mí cuando lo necesita. De esta manera, el individuo se siente “tan responsable por sus semejantes como por sí mismo”²³.

c) *Respeto*. Este aspecto se refiere a la manera en que miramos a los demás, es decir, a la manera en que los identificamos como individuos particulares que desarrollan un proyecto de vida propio igual que nosotros. Por ello, el respeto soporta la responsabilidad y la aleja de su forma desviada; la dominación. Para Fromm, “el respeto implica la ausencia de explotación. Quiero que la persona amada crezca y se desarrolle por sí misma, en la forma que le es propia, y no para servirme”²⁴. En contraposición a la explotación, el respeto no pretende sacar provecho de la otra persona, sino que, reconoce que el otro no es un medio para mi

23 Fromm, Erich. *El arte de amar*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1985, p. 36.

24 *Ibid.*, p. 36.

bienestar, sino que es un ser que requiere estar bien y que ese estar bien, en tanto que se funda en el respeto, también es mi bienestar.

d) *Conocimiento*. La manera superficial en que vemos a las personas es una forma que no se propone el conocimiento que aquí se comenta. Este aspecto de conocer exhorta a que superemos esa mirada superficial que quiere abarcar todo lo que es el otro, incita a que vayamos a la profundidad que supone conocer de manera genuina a los demás. Las primeras impresiones de lo que el otro es, la mayoría de las veces, son una extensión de nuestra subjetividad. El conocimiento de una persona requiere que la miremos de manera objetiva, tal cual es, y que no supongamos algo demás sobre su persona. El conocimiento verdadero logra vincular de manera auténtica mi ser con el ser del otro, es decir, logra fundar relaciones productivas entre los hombres.

Estas cuatro características conforman el amor genuino y, a su vez, entroncan de manera directa con la formación del carácter productivo, pues son condiciones sin las cuales éste no puede desarrollarse. En resumen, para Fromm, “No es posible respetar a una persona sin conocerla; cuidado y responsabilidad serían ciegos sino estuvieran guiados por el conocimiento de la individualidad de la persona”²⁵.

La interconexión de estos aspectos está dada por la necesidad de que cada uno haga las veces de correctivo del otro, es decir, no es posible el cultivo de uno de ellos sin la ayuda de los demás en ese proceso. Así pues, el amor genuino y el carácter productivo se relacionan a partir de estos elementos y conforman un organismo que moldea las cualidades del ser humano en función de conseguir una vida que coincida con todo lo bueno que el ser humano tiene para dar.

25 Fromm, Erich. *Ética y psicoanálisis*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica 1997, p. 116.

II.b. El amor a la vida

Para Fromm, el amor a la vida se puede comprender a partir de las expresiones del amor genuino que aparecen descritas en *El arte de amar*. Estas expresiones son las siguientes:

a) *Amor fraternal*. Esta clase de amor es el que hace las veces de piso sobre el cual se erigen las demás relaciones amorosas, por ello en él confluyen tanto responsabilidad, cuidado, respeto y conocimiento. Se funda también en la igualdad de las personas y el reconocimiento de su individualidad, además de no contar con la exclusividad del amor hacia una sola persona, el amor fraternal es la manifestación del amor hacia toda la humanidad. Esta clase de amor requiere de la solidaridad con el género humano, es decir, de aquel ejercicio que no se genera por lo que de él pueda derivarse como beneficioso, sino por el simple hecho de que el otro es mi prójimo. “El amor sólo comienza a desarrollarse cuando amamos a quienes no necesitamos para nuestros fines personales”²⁶. Como vemos pues, esta clase de amor va en contravía de la explotación y sugiere que los otros no son objetos que se pueden utilizar en función del interés particular.

b) *Amor materno*. En líneas anteriores hemos visto más o menos en qué consiste esta clase de amor. Las figuras de la leche y la miel que aparecen en la exposición de Fromm representan, por un lado, el cuidado y la afirmación y, de otro, el amor a la vida y la felicidad de sentirse vivo y poder expresar toda su vitalidad en el mundo. El amor materno es decisivo en el proceso de formación del niño que después será adulto, puesto que desde el comienzo debe inculcar en el individuo los valores que guiarán su conducta el resto de su vida. Para Fromm, la posibilidad de construir una sociedad de individuos sanos requiere de todas las condiciones necesarias para el desarrollo de la productividad, de ahí que el amor materno represente un escalón decisivo en el proceso de socialización del niño que luego será un integrante de la sociedad.

²⁶ Fromm, Erich. *El arte de amar*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1985, p. 54.

c) *Amor erótico*. El amor erótico cuenta con la particularidad de ser una forma de amor exclusivo, pues apela a la unión con una persona y no con toda la humanidad como sucede con el amor fraterno y el amor materno. Esta clase de amor se confunde de manera vulgar con el mero deseo sexual, el problema que esto supone como ya hemos visto, es la inconstancia y no permanencia del amor en las relaciones con el otro, puesto que la mera satisfacción del deseo sexual no genera un vínculo amoroso verdadero. El amor erótico entonces, debe poder fundir a los dos amantes en uno sólo, debe permitirles conocerse mutuamente de manera tal que puedan experimentar al otro en su propia experiencia. “El amor erótico, si es amor, tiene una premisa. Amar desde la esencia del ser —y vivenciar a la otra persona en la esencia de su ser—”²⁷.

De esta manera, el conocimiento adquiere un papel fundamental en esta clase de amor, pues es una condición necesaria para alcanzar la fusión con el otro. Sin un conocimiento profundo —no superficial— el amor erótico no se puede realizar de manera genuina y sólo generará desavenencias entre los amantes, ya que sin el conocimiento profundo del otro se impone la subjetividad y no deja ver lo que realmente son los demás.

c) *Amor a sí mismo*. Para Fromm, la creencia tradicional de que al amor a los demás y el amor a sí mismo son posturas excluyentes es falsa, dado que en tanto que el amor a los demás es amor al prójimo —que es mi prójimo porque es otro ser humano como yo— es amor a la humanidad y por ello, si amo a la humanidad entonces tengo que amarme a mí mismo porque también hago parte de la humanidad.

El egoísmo no es idéntico al amor a sí mismo. Para Fromm, las premisas que sostiene que el amor a sí mismo no es egoísmo son las siguientes: “no sólo los demás, sino nosotros mismos, somos ‘objeto’ de nuestros sentimientos y actitudes;

²⁷ *Ibid.*, p. 60.

las actitudes para con los demás y para con nosotros mismos, lejos de ser contradictorias, son básicamente *conjuntivas*".²⁸ Esto quiere decir que si existe la capacidad para amar a los demás entonces necesariamente existe la capacidad del amor a sí mismo, y ello es así, porque no se puede negar que existen sentimientos hacia los demás que se manifiestan a lo largo de nuestra interacción con ellos, además de actitudes que le adjudican un grado de importancia a éstos. Como esta importancia es socialmente determinada, y como yo soy parte de una sociedad, entonces todos esos sentimientos y actitudes se reflejan también hacia mí puesto que soy miembro de la sociedad que los genera. Existe otra clase de amor que Fromm denomina "forma religiosa del amor"²⁹, pero debido a que la exposición de ella excede en mucho la capacidad interpretativa de este texto nos limitaremos a las formas del amor expuestas hasta ahora, pues consideramos que para las pretensiones de este escrito no varían sustancialmente si prescindimos de este aspecto.

Después de esta breve reconstrucción de los aspectos del amor en diversas esferas que me integran con los demás y conmigo mismo, surge una concepción general del amor como un correctivo de la sociedad enferma que describe Fromm en *El arte de amar*. Esta patología puede arrojar un diagnóstico que nos diga que el mundo en que vivimos está falto de amor y que la consolidación de éste de manera genuina en la sociedad ayudaría en el proceso de curación de lo que hoy aparece como dañado por las tendencias predominantes del capitalismo. Por la destructividad del consumo humano, por el ansia de ganancia que todo lo convierte en valor de cambio, por el sometimiento y la explotación necesarios para la libertad de algunos. Este es el panorama general que trata Fromm en su análisis de la desintegración del amor en la sociedad industrial, la preocupación en ella está dada fundamentalmente por la trivialidad de las cosas, por el apego y la necesidad de lo insano. El hombre busca la libertad, pero se somete, busca la riqueza pero es

²⁸ *Ibid.*, p. 63. Cursiva en el original.

²⁹ *Ibid.*, p. 67.

miserable, busca el amor, pero construye todas las barreras que impiden su realización.

Conclusión

Los postulados de Erich Fromm sobre el amor, se presentan como una posible salida al caos humano de la sociedad industrial, es decir, como superación de la enajenación del hombre, como respuesta al problema existencial del mismo y como necesidad de desarrollar el carácter del hombre de acuerdo a la productividad y no a la destructividad. Ya hemos visto como la necrofilia es la tendencia predominante en la sociedad industrial, ante ella se perfila otra tendencia; la biofilia, que pretende ser su contrapuesto y la configuración de los valores productivos del ser humano en función del desarrollo de una sociedad en aras del bienestar de los individuos, donde la enajenación, la violencia y la destructividad sean mitigadas de acuerdo a la acción misma de los seres humanos y al ejercicio de una conducta saludable que no atente contra estos valores.

Fromm define la tendencia biofila como “la tendencia a *conservar* la vida y a *combatir* la muerte”³⁰. Esta orientación se refiere a todo lo que vive, a toda expresión vital del hombre y de la naturaleza. Entiende cada proceso como el funcionamiento de un organismo y como la necesidad de unión con cada una de las partes que lo constituyen, como una relación no de explotación y dominio, sino de respeto y solidaridad. En otras palabras, la biofilia es amor a la vida y requiere del cultivo de esta para su afirmación en la sociedad.

Para Braune, el contraste entre la biofilia y la necrofilia es el punto central del análisis frommeano de la sociedad, de allí emerge su crítica y la posibilidad de mirar hacia el futuro esperando encontrar una respuesta del ser humano en conformidad con las circunstancias históricas y sociales que le toca vivir,

Fromm contrastó la “biofilia”, orientación sana del carácter, que está abierta al crecimiento, el cambio y el futuro, con el carácter poco saludable “necrófilo”, que se caracteriza por el sentimentalismo que habita en el

30 Fromm, Erich. *El corazón del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 46.

pasado, y en un intento de hacer que el mundo sea estático, fijo, predecible y muerto. Mientras que el primero (el biofilo) está orientado hacia el futuro, este último (el necrófilo) intenta huir de las cargas de la responsabilidad personal, la libertad y la individualidad a través de regresión hacia el pasado.³¹

Las dos orientaciones se distancian en lo esencial, en la construcción de una vida para el hombre que no atente contra él. La crítica de Fromm podría perder fuerza después del diagnóstico en su intento de elaborar una práctica del amor, puesto que corre el riesgo de ser interpretada como el esfuerzo meramente subjetivo de transformar el mundo, pero si nos fijamos con detenimiento, Fromm sabe que la práctica del amor sólo es posible allí donde las condiciones de existencia de los seres humanos logren un desarrollo tal que los valores dañinos de la sociedad industrial no interfieran en su despliegue. Ahora bien, esta es la clásica aporía del Teoría Crítica: se necesitan las condiciones para la libertad, pero se necesita ser libre para crear esas condiciones. No basta con exponer un argumento esperanzador como el que sigue para postular la confianza en la transformación del mundo:

Erich Fromm, a pesar de todas las complejidades del mundo de hoy, mantiene una actitud positiva hacia la urgencia de un mundo de equidad social, y propone acabar con las viejas estructuras de dominación que impiden el libre pensamiento, y además, señala la importancia del papel histórico de la especie humana.³²

Bien señala el profesor Sánchez que se requiere de la eliminación de las estructuras de dominación de la sociedad industrial, para ello sólo cabe apostar por la formación del carácter una y otra vez, de acuerdo con la tendencia del amor a la vida, pues mientras siga imperando el principio de la necrofilia, el amor y el aspecto

31 Braune, Joan. "Erich Fromm and Thomas Merton: Biophilia, Necrophilia, and Messianism". In R. L. Seyed Javad Miri (Ed). *Reclaiming the Sane Society. Essays on Erich Fromm's Thought*. Boston: Sense Publishers, 2014, pp. 137-138.

32 Sánchez, Diómedes. "Erich Fromm y la enajenación del hombre en la sociedad industrial". *Revista Cultural Lotería*, 2002, p. 114.

productivo del ser humano se verán bloqueados y los valores nocivos de la sociedad industria se verán cada vez más fortalecidos.-